

IGNORANCIAS AMBIENTALES

Tulio Marulanda Mejía
Profesor de la Universidad de Caldas

PALABRAS CLAVE:

Ambiente, ética.

EL PROBLEMA

Permanentemente estamos construyendo nuevos y diferentes valores. Valoramos aquello que nos atrae, que nos agrada, que contribuye a nuestra satisfacción y en la medida en que lo valoramos percibimos como buena cualquier acción que contribuya a su mejoramiento, hallamos en ello complacencia y vemos en nosotros como una virtud el realizar estas acciones que engrandecen mi humanidad, en la medida en que la práctica de dicha virtud contribuye a la preservación y enriquecimiento de aquello que es bueno para el hombre.

Cada acción transforma el mundo; cada acto humano enruta la flecha del tiempo y determina un nuevo rumbo en el incesante cambio, en el constante devenir de las cosas: Así, las acciones, en la medida en que interactúan con incontables elementos aleatorios, en la medida en que entran a jugar en un sinnúmero de interrelaciones, tienen un alto grado de impredecibilidad, pero aun así, el hombre libre es responsable por sus acciones y dicha responsabilidad la debe asumir, sin atenuantes, tratando de anticipar sus consecuencias y justificándolas a priori y para sí mismo, máxime cuando cada vez más el mundo se complejiza y comprende sistemas mucho más sofisticados, en los que un sinnúmero de elementos hacen posible un sinnúmero de relaciones y de resultados, que debería anticipar. Por esto, cada vez ha de ser más largo el tiempo que ción o el deseo o la necesidad y el acto, cada vez más difícil la reflexión, cada vez más sofisticado el discurso que pueda conducirnos, libremente, a una acción responsable.

Ahora bien: como seres que habitamos una cultura valoramos sobremanera los productos de las acciones que enriquecen nuestro patrimonio puramente humano, los artefactos, de la misma manera que el hombre primitivo valoró el hacha de sílex, primera piedra en el levantamiento de este nuevo orden, instrumento fundamental en la construcción de la cruenta frontera que hemos venido desde entonces ampliando, frontera física y espiritual que llegó incluso a determinar nuestra propia forma de ver el mundo y la realidad; frontera que hoy, tajantemente, separa al hombre de aquellos reductos de lo que fuera su casa primigenia, el orden natural, los mismos que rápida y progresivamente se deterioran y desaparecen allende el concreto y el asfalto impenetrables que delimitan la impenencia de la gran ciudad.

Y es que el hombre contemporáneo es un hombre urbano; y es la ciudad la máxima creación del hombre, la obra cumbre de la cultura, polo incesante de desarrollo, Meca del progreso, urbe fascinante que a todos atrae, a todos alberga y a todos transforma en la medida en que cambia por completo su escala valoral. Habita entonces el hombre dos órdenes distintos, dos órdenes en permanente conflicto: el orden natural y el orden humano; y aunque conserva en él mismo, en su propia corporeidad, parte de ese orden natural, su razón lo ha vinculado de manera necesaria con el nuevo orden, el orden de la cultura, orden del que ahora depende y por el que siente desde siempre una fascinación prometéica.

Pero se identifica este hombre ciudadano, por sobre todo, con unos valores ciudadanos; y es virtuoso como tal, en la medida en que siente satisfacción por la realización de acciones que contribuyen al mejoramiento y engrandecimiento de la ciudad. Y es un buen ciudadano y actúa moralmente bien cuando sus acciones producen resultados deseables para el mejor funcionamiento y sostenimiento del nuevo orden enmarcado en ese complejo e inestable sistema que es la ciudad.

Es para él una virtud el amar y respetar la ciudad y al amar la ciudad esperará que ella crezca en tamaño y complejidad para que otros, a quienes también respeta y a veces ama, como que son sus semejantes, puedan habitarla y disfrutarla y también ellos satisfacerse y crecer en su propia ciudadanía. Y será entonces bueno, el que un ingeniero construya una avenida y mejor si larga y ancha, y será deseable que un arquitecto construya edificios y mejor si grandes y macizos, avenidas y edificios que no sólo extenderán sin tregua su sello de asfalto y de cemento por sobre el orden natural sino que permitirán el desarrollo de sociedades que, sin habitarlo, subvertirán ese viejo orden, el orden natural, en la medida en que lo impactarán con la huella ecológica de su consumo.

Si los deberes para consigo mismo y para con los demás, que hacen posibles las virtudes humanas, tienen su origen en el mismo ámbito de la libertad que nos permite reconocer la posibilidad de hacernos daño, con nuestras acciones, a nosotros mismos y a los demás, ha de vivir el hombre moderno una perpetua

ambivalencia en cuanto a sus deberes para con la naturaleza por cuanto, como ser ciudadano, habita dos órdenes aparentemente irreconciliables que marchan por sendas distintas y que se excluyen mutuamente, puesto que la ciudad, paradigma del nuevo orden, es un sistema completamente artificial contra el cual atentan las fuerzas de la naturaleza, como quiera que tormentas, inundaciones, terremotos y hasta la misma hierba que crece en los tejados y sobre las líneas de conducción eléctrica, le introducen altos grados de desorden, de la misma manera que en el orden natural introducen desorden los devoradores tentáculos que, sin cesar, extiende por doquier la ciudad.

¿En bien de cuál de los dos órdenes ha de orientar el hombre sus acciones para el cumplimiento de sus deberes y la práctica de sus virtudes? ¿Habrá una posición intermedia que los dos órdenes concilie? Bien difícil lo veo: o valoro lo ciudadano, el orden humano y toda su parafernalia tecnológica como lo que más, o valoro el orden natural: ¿Será éste el oriPero, parece a mí que el hacerse esta pregunta es tan sólo un ejercicio académico, pues lo que bien se avizora es una globalización del orden humano que, partiendo de la aceptación de la vida como valor supremo y universal, nos permitirá sí, salvar lo fundamental del viejo orden y a nosotros mismos, pero de ninguna manera podrá evitar la desaparición de toda la infinidad de fascinantes sistemas, cuya aleatoriedad no les va a permitir asistir a la gran fiesta del triunfo de la razón instrumental sobre todas las demás formas de conocer que en el mundo han sido.

Pero claro está que, de otro lado, también subsiste y cobra fuerza la posibilidad de que la razón instrumental, como producto que es de la naturaleza, sujeto a la misma aleatoriedad, engendre unos procesos caóticos tales que aniquilen todo el orden establecido, dando paso así a un nuevo orden natural.

A MODO DE EPÍLOGO: LOS TERLUNITAS

Para contrastarlo con la ambivalente posición en que se encuentra hoy el hombre, producto de la tremenda encrucijada a la que nos ha conducido el fenomenal y explosivo desarrollo que en este siglo ha vivido la llamada civilización occidental, he imaginado a un ser humano, hijo de terrícolas, nacido en una base lunar, un terlunita, cuya supervivencia depende en un todo de un medio ambiente completamente artificial en el que el mantenimiento de la atmósfera así como la obtención de agua y de alimentos depende de un complejo sistema tecnológico cuya energía es suministrada por un sofisticado reactor nuclear. Es de esperar que, dado que todo el aparato tecnológico de la base lunar es, de alguna manera, mantenido y manejado por sus habitantes y, a su vez, este mismo aparato tecnológico es parte indispensable de su soporte vital, sea para nuestro terlunita de indiscutible importancia el mantener una óptima interacción sistémica con todos los elementos del complejo, incluido claro está, el reactor nuclear, generador y dador de vida, como lo fuera para sus abuelos el imponderable reactor solar. Y puesto que en el correcto funcionamiento de dicho reactor les va vida, el mantener estricta vigilancia y control sobre él no sólo sería una parte fundamental de los protocolos de mantenimiento de la base, sino que debería ser un objetivo altamente deseable de la educación del terlunita el llegar a inculcar en él un sentido del deber tal que se convirtiese en una virtud la dedicación al cuidado del reactor nuclear de tal modo que fuese motivo de satisfacción el hacerlo, no tanto por cuanto con ello contribuye al bienestar de los otros, sino por cuanto el hacerlo le permitiría acrecentar dicha virtud (motivo de satisfacción) y le permitiría, en el ejercicio de ella, acrecentar su terlunidad.

Paréceme claro a mí que para este terlunita, habitante de un nuevo orden, fácil sería entonces el reconocer sus deberes para con su medio ambiente e interiorizar las virtudes 'morales' o las costumbres que le permitirían vivir una vida más larga y satisfactoria en la misma medida en que contribuiría a la conservación y el mejoramiento de su entorno vital. Y creo yo que esto sería así en la medida en que, a diferencia de sus contemporáneos terrícolas, él puede habitar por completo y hacer parte sistemáticamente de un solo y único orden, ese orden nuevo, tan terráqueo y tan humano, que hubo de ser transplantado al ambiente lunar.

Close Window